



## SUMARIO.

TARJETA por Emilio Pacheco. DE LA CIENCIA por Ramón Zelaya. MI VECINITA por Alberto Rodríguez. TRISTEZA por X. . . . . POR UN ZAPATO por Carlos Gagini. SOMBRAS por Emilio Pacheco. CARMELITA por Ramón Zelaya. LAS PALOMAS por Román Mayorga Rivas. SUEÑOS por Amer. JUEGO DE PRENDAS por Pablo. DESOLACIÓN por Otello. NOTAS LINGÜÍSTICAS por J. F. Ferraz. A JULIA por Conde D'Artoux. EL RELOJ DE LUCERNA por A. Gámez. AMOR MATERNO por Conde D'Artoux. EL ANILLO por David. NOTAS.

## De la Ciencia.

(A mi distinguido maestro don Carlos Gagini).

Para "Costa Rica Ilustrada".

## III.

Deslindado, como queda desde el principio de esta mal pergeñada monografía, el concepto en que aquí examinamos nuestro tema, ninguno de nuestros lectores nos hará el disfavor de suponer en nosotros tanto atrevimiento y la vanidad necesarios para acometer la exposición de la doctrina metafísica de la ciencia y seguir las huellas de perinclitos campeones del pensamiento que se han dado á investigar el principio más absoluto de nuestros conocimientos ó de la ciencia humana.

Á más de ser este, en mi concepto, un problema de fuero puramente metafísico, ¿quién soy yo, chiquilicuatro intelectual que empieza á hacer pinicos, para querer picar tan alto y meter basa en lo mismo en que, si hemos de atenernos á sabios expositores de doctrinas racionales sobre la *inteligibilidad* y la *representación*, han salido por el albañal grandes genios filosóficos como Descartes, Fichte y Krause?

Háse atribuído á esta investigación una importancia capital por suponerla conducente al fundamento absoluto é inamovible de toda *certeza*; háse también supuesto necesaria la posesión de este primer principio, para partir de él y seguir el procedimiento natural é ignorado, en virtud del cual hemos adquirido dicha certeza.

Cuestión alguna, en realidad, de cuantas pueden abrumar la inteligencia humana, ha martirizado tanto la razón de la filósofos de todos tiempos; nada ha motivado tantos y mayores esfuerzos, tantas y mayores estacadas agonísticas, y al propio tiempo, tantas y mayores aberraciones de los pensadores, como la inquisición de la fuente de todo saber.

El abismo horrendo y frío ha resistido heroicamente el ataque secular, y se ha quedado al fin con su tesoro.

En vano el genio bate sus alas poderosas y cierne en esa profundidad sombría de lo desconocido: nada descubre en esa noche. Los titanes de la idea, uno tras otro, impulsados fatalmente quizá por el destino, han luchado con las sombras en el interior de esa caverna, y, sublimes Prometeos, han querido á los dioses del Olimpo robar su fuego santo; más uno tras otro también vuelven al mundo rendidos y azorados: el abismo los escupe de su seno.

Ved como salen de la bruma esos lidiadores gigantes é inrestringidos: Pretenden posesionarse del misterio y la sombra se apodera de ellos: esos espíritus vencidos llevan el abismo.

Cuando uno de estos Aquiles es rendido, resuena en los ámbitos del Ynpinito una carcajada brutal y espantosa que perturba la paz y el silencio inefablemente magestuosos que allí reinan: es el monstruo del abismo que celebra su triunfo.

Nada más sombrío que los grandiosos esfuerzos de la inteligencia humana para remostrarse al principio más absoluto de la ciencia, sin abanzar una mínima en su intento.

Si en realidad existe este principio; si es una como premisa de la cual todos nuestros conocimientos no son sino deducciones naturales y lógicas, ó si tan solo sirve de pedestal indefectible del edificio de la ciencia humana; si es un "acto que no puede presentarse entre las determinaciones empíricas de nuestra conciencia," como cree Fichte; si es

una verdad real, cual asegura Krause, ó una verdad ideal, como afirma Descartes, nada de eso examinaremos aquí. Para la labor intelectuales científica no necesitamos resolver esos enigmas basta que la duda no invada nuestro espíritu y respecto de la existencia de la certeza subjetiva y objetiva.

L. Boureau atribuye á la ciencia en general ó "integral", según él dice, entre otros el pápel de señalar á cada una de las ciencias particulares el objeto de su estudio. De este modo convierte á la ciencia en una como madre justiciera que reparte el universo entre sus hijas, bien para evitar graves disputas y riñas grandes entre ellas, bien para que las unas no invadan el campo de las otras.

Tampoco miraremos á la ciencia desde ese punto de vista consignado por M. Boureau. En nuestro concepto, no tiene esta misión de sobrestante. Si hemos de hablar con ingenuidad, diremos que nos parece bastante particular y extraño este cargo que se pretende hacer á la ciencia. No sé si puede siquiera denominarse ciencia el desempeño de ese pápel de anfitrión. En segundo lugar, ¿podría llenar este cometido sin hallarse en posesión "integral" del Universo? Nos parece que esta sería una condición indefectible para el objeto. Antes de la aparición de ciencia alguna particular, debía existir la ciencia "integral", que les señalara sus tareas y las exhortara en su labor. "La ciencia integral" es anterior á todas; es la primera y mas antigua de las ciencias. De este modo, el hombre descende á más andar de la omnisciencia á la ignorancia: ptiirmivamente se halló en posesión del mundo creado, sensible ó ideal; en el trascurso de los siglos no ha hecho sino dividir y dividir continuamente el nosmos, cuyo conjunto abrazaba antes. Todo lo cual está en contradicción palmaria con la realidad, con la historia y la razón. M. Boureau afirma que, así como Descartes se propuso fundar una nueva Filosofía, aspira él á establecer una "ciencia integral" nueva. En realidad, el verdadero repartidor del universo es, pues, el autor de esta ambición tan particular. La verdadera ciencia integral es el mismo M. Boureau. Admiremos su noble ambición, mas no entremos en disquisiciones, en mi pensar, inútiles sobre el concepto de la ciencia consignado por él.

Tan solo tratamos de examinar los caracteres esenciales de la ciencia, ó sea, las condiciones necesarias para que á una serie cualquiera de nuestros conocimientos se la pueda conceptual de ciencia. Procuraremos exponer las clasificaciones más conocidas de las ciencias y hacer por último, algunas consideraciones generales sobre la naturaleza de la ciencia en sí y en parangón con el dogma y con el arte; puesto que Dios, con su benevolencia nos ayude en nuestro intento.

## IV.

¿Cuáles son las condiciones con que debe cumplir un estudio para alcanzar la denominación de ciencia? Los que exigen de una buena definición que exprese en síntesis todo cuanto pueda decirse de lo definido, deben de buscar en la que dejamos consignada de la ciencia los caracteres de esta. Y harán bien; pues los allí apuntados son los más esenciales y determinantes, bien así objetiva como subjetivamente, cual ya lo habíamos dicho.

Sin embargo, autores hay que pretenden agregar otras condiciones atañederas al objeto de la ciencia. Para que éstas, según unos, puedan existir, preciso es que de sus investigaciones "resulten consecuencias prácticas aplicables al bienestar del hombre y á la perfección de la sociedad."

"Para que una ciencia sea regularmente constituida, dice L. Boureau, á quien dejamos ya citado más arriba, varias condiciones son necesarias. Las principales conciernen: 1º Á la determinación de su objeto; 2º Al establecimiento de su programa, y 3º Á la organización de su método."

"Cuando, realizando estas tres condiciones, continúa M. Boureau, una ciencia ha sido claramente definida, dividida con orden y provista del método que la conviene, se encuentra erigida en el estado positivo. Su desenvolvimiento no es ya más que una cuestión de aplicación y de tiempo"(1)

En realidad todos esos son caracteres extrínsecos de la ciencia; no expresan en modo alguno

condiciones esenciales é indefectibles; todos esos son caracteres deducidos lógicamente del género próximo y de la última diferencia de la definición sentata antes de la ciencia: *un sistema de conocimientos ciertos, relativos á un objeto cualquiera.*

Sin embargo, los filósofos de todos tiempos parece que se han complacido en marcar reglas y prescripciones sobre la constitución de las ciencias. Uno de los iniciadores de la moderna Filosofía expresa: *Meta autem scientiarum vera et legitima non alia est quam ut dotetur vita humana inventis et copiis.* (2)

Otros, por último, comprendiendo alguna de las condiciones expresadas, afirman que para que una ciencia sea legítimamente constituida, el objeto de su estudio debe ser:

- 1º Útil.
- 2º Universal.
- 3º Permanente.

No sé hasta dónde acompaña la razón á los que tal prescriben; pero me parece algo dogmática la enumeración anterior; y francamente, no encuentro su fundamento.

¿Será parte esencial y necesaria para la constitución de la ciencia la consideración tan exclusiva del elemento objetivo? No parece sino que el sabio laboriosamente se da á revolver el cosmos y á husmear en su seno el objeto bien caracterizado de sus conocimientos; bien como la clueca, yendo á caza del triste guzanillo, rasca y rasca el basurero. ¿No acusan, los que tal afirman, un concepto muy restricto de la ciencia? Admitir tales condiciones vale tanto como conceder á la razón humana la facultad de escogitar para su examen ciertas fracciones, ciertos elementos del universo y despreciar otros, sin otro fundamento que las relacionee que estos objetos guarden con nuestras necesidades materiales ó con el tiempo y el espacio. ¿Gozamos en realidad de esa libertad de elección? Mas que desconocimiento del verdadero concepto de la ciencia, tal afirmación revela una ignorancia palmaria de la naturaleza de nuestra razón, único guía nuestro en esta vida. Creo que nada es mas perdonable que los juicios atrevidos ó dislocados sobre esa chispa divina con que Dios tuvo á bien dotarnos: es una como entelequia de los antiguos de mil interpretaciones. La razón, término antitético, es incomprendible: confirma igualmente los juicios más contradictorios que á ella se refieren. Que es generador de las tinieblas y que es estrella polar en el más brumoso y sombrío de los mares, todo es cierto. Lo primero es verdadero, en primer lugar, por extravío ó ceguedad; y en segundo término, por su gran intensidad de luz. El topo, como el genio, están condenados á vivir en las sombras y el misterio. Es excusable, pues el desconocimiento de la naturaleza de nuestra razón; pero todo el mundo bebe reconocer que en su camino alumbra todo de un modo fatal é inevitable. Pretender que la razón escoja entre los elementos que llegan á sus manos aquellos que cumplan con determinadas condiciones para estudiarlos, allá se va con exigir de una tea que voluntariamente deje de alumbrar determinados rincones tenebrosos que se hallan al alcance de sus rayos. La razón todo lo examina, como la tempestad todo lo destruye. En esto la razón participa de la irracionalidad de los elementos. En la fatalidad indeclinable con que la onda rugiente marcha á reventarse en una roca y la razón, examinando pacientemente, todo lo ilumina, se revela y manifiesta la fuerza del infinito y causa escalofríos. Cuando el fanatismo ó la pasión, que es también un fanatismo, levanta el dedo imperioso á la razón y la ordena hacer alto en su camino, ese monstruo microscópico sonríe con sonrisa brutal é inefable y prosigue imperturbable su camino, como el enamorado á quien pensais alejar de su ídolo con buenas razones, ó como el inmenso oceano cuando le ordenais que detenga su ascensión en la marea.

Todo me parece á mí que estriba en la falsa concepción de la ciencia ó en la falta de atención en lo que es en sí el conocimiento. Sabido es hasta por el sentido común que éste no es sino una relación entre nuestro entendimiento y los objetos con los cuales se halla en relación. La ciencia, "sistema de conocimientos," no es en realidad sino las leyes del universo, las propiedades de la materia, en tanto que son comprendidas y conocidas por la razón. De este modo, los que afirman que

(1) L. Boureau. Coordinación de las Ciencias.

(2) Bacon. Novum Organum.

no es ciencia la serie de conocimientos ciertos relativos á un objeto que "no es útil, permanente y universal," se contradicen puerilmente, puesto que la propia negación de estas cualidades es ya parte de la ciencia.

Esas prescripciones formalistas y accidentales relativas al objeto de la ciencia no han sido deducidas del examen y la atenta observación; antes bien me parece que son hijas del flujo por sustentar el carácter científico de ciertos estudios.

En el calor de discusiones grandes sobre si ciertos órdenes de nuestros conocimientos son merecedores de ser considerados como ciencias ó como artes, se echa mano de argumentos que se suponen sólidos y decisivos, cuando no hay más que apariencia de tales.

Uno de los estudios para cuya calificación se ha demandado más frecuentemente la enumeración anterior es la Economía Política: si una ciencia, si un arte, motivo ha sido de largas discusiones. Los sustentantes de lo primero, definiéndola, dicen que es la ciencia de la riqueza. Pasan luego á examinar si ésta reúne las condiciones de utilidad, universalidad y permanencia y de este examen pretenden que ha de resultar el carácter definitivo de la Economía Política.

Si la riqueza es útil, la pregunta misma extraña á todo el mundo, á fuerza de ser clara.

Como en absoluto se entiende por riqueza todo aquello cuyo uso satisface cualquiera necesidad vital, es imposible pasarse sin ella. El más pobre de cuantos son los hombres diariamente necesita y consume riqueza: El trozo de pan negro, el mendrugo que recibe el limosnero en la puerta de los ricos, riqueza es; el bordón lucio y negro en que se apoya y aún las miradas compasivas que le sostienen y le alientan en su miseria, todo se comprende bajo la denominación de riqueza. Y aquel quizá es más rico que más facilidad de adquisición ó mayor acopio tiene de objetos materiales aplicables al cumplimiento de nuestras necesidades. ¡Lástima grande que entre éstas no cuente también la Economía Política á las espirituales! Si así fuera, constituiría dicho estudio la ciencia universal por excelencia. Ciencia de la riqueza sería entonces ciencia del Cosmos. ¡Cuántas antinomias, cuántas contradicciones!: Los que hoy se toman por ricos y acaudalados serían pobres vergonzantes en su mayor parte, mendigos de la luz; ¡atroz pobreza! Los que hoy denominamos pobres serían reconocidos y proclamados como legítimos poseedores del universo, siempre que resplandecieran por su inteligencia y su saber.

Que la riqueza es universalmente necesaria se deduce del concepto que de ella dejamos consignado. Donde quiera que hay seres orgánicos existen necesidades vitales que cumplir. Las distinciones de las razas no obran sino á lo exterior, á los accidentales matices, á las diversas manifestaciones de la vida de los seres; mas la esencia es una en todas. Esta es la ley universal de la naturaleza, la ley de lo grande y lo sublime: la incoherencia en la armonía, la antítesis en la unidad. La regla que rige el organismo cosmológico es una é invariable.

Mientras el hombre se encuentre en condiciones materiales análogas á las en que hoy se halla; mientras el género humano no sea contrahecho ó rehecho por el Creador, el objeto de la Economía Política existirá necesariamente.

La riqueza, pues, reúne las condiciones de utilidad, universalidad y permanencia: luego, dicen los prescriptores de dichas condiciones, el sistema de conocimientos que á ella se refieren constituirá por sí una ciencia. Tal sustentaba y esto exponía lucidamente un notable catedrático de Economía Política el año 1889. Hé aquí, pues, un ejemplo de cómo tienen origen ciertas teorías formalistas que aspiran á imponerse universalmente y á la inamovilidad de la verdad.

Esas condiciones son, pues, las que algunos han pretendido erigir en piedra de toque para la constitución de la ciencia.

El buen polemista principia por sentar bien las premisas en que se ha de sustentar toda su argumentación, como el jinete por afianzar bien los estribos; que hecho esto, bien se puede sin riesgo dejar que corra el Pegaso al infinito. Por eso sabiamente sentaron los apologistas de la Economía Política la regla general consabida para la constitución de toda Ciencia. Mas, como ya dejamos examinado, y como es fácil comprender, nada han

adelantado todavía, puesto que dicha proposición es falsa.

Ante todo, habría que formar y sentar antes un criterio universal sobre lo útil. Pocas palabras, en verdad, están sujetas á ser modificadas en su significación de tantas maneras, según los criterios y caracteres individuales, como la utilidad. ¿En qué acepción la toman los que prescriben las consabidas condiciones? Si nos colocáramos en el terreno de la Economía Política, no habría duda posible; mas tratándose de constituir la ciencia en general, es preciso examinar todos los terminos desde todos los puntos de vista. Si preguntáramos al criterio universal qué se entiende por utilidad, recibiríamos las contestaciones más contradictorias: Por un lado, Sócrates y Jesucristo nos dirían que es todo aquello que es parte más ó menos importante en la obra de nuestra perfección espiritual; por otro, Bentham hace fisga de ese concepto que llaman idealista y afirma que sólo aquello es útil que comporta á nuestras necesidades materiales cumplida satisfacción. Es tan flexible la significación de la palabra utilidad, que á nada, como á ella, es aplicable la ingeniosa afirmación del inimitable poeta humorista contemporáneo:

Todo es según el color  
del cristal con que se mira.

Jaime Maistre, hermano del Conde José, de ese como ave siniestra y misteriosa de la noche, de ese talento incomprensible y monstruoso, simboliza y expresa los dos elementos de nuestra naturaleza por la *bestia* y el *genio*. Una y otro se separan en sus goces: La primera, torpe y ciega, rastrea el suelo y en él encuentra su felicidad; de esencia divina el otro, tiene que remontarse á las regiones infinitas en ardiente inquisición de su elemento. ¡Desgraciado y mísero de aquel que no hace este deslinde en sus placeres! La completa solidaridad y la unión perfecta del *genio* con la *bestia* en los goces y dolores es la condición del irracional. La mayor ó menor separación de ellos constituye la escala y gradación en los mortales.

Así, pues, aquel en quien la *bestia* es el piloto director en esta vida, es decir, el *hombre-bestia*, concebirá la utilidad de bien distinto modo que el *hombre-genio*. Casi pudiera decirse que el concepto de lo útil es la fórmula exacta que expresa la cantidad de infinito que encierra un espíritu cualquiera.

Este concepto individual puede variar no solamente según la preponderancia del *genio* ó de la *bestia*, más aún por la experiencia, los percances de la vida, los golpes, las heridas. Y es curiosa la gran flexibilidad de la palabra utilidad en su significación, hasta ser capaz de expresarnos en síntesis la historia de un corazón ó de un espíritu: Cuando una albina garza, que ciñe aureola de hermosura y está rebosando y comunicando amor á los mortales, exclama con despecho y con melancolía: "El amor y la muerte son hermanos", podemos asegurar cumplidamente que allí hubo un volcán abrasador, apagado por la nieve de la noche.

¿Cómo, pues, hemos de entendernos con la voz utilidad? Esos seres semiespirituales que llamamos artistas, no sabrían siquiera expresar lo que entienden por útil; saben ellos entenderse con las cosas y los acontecimientos de un modo tan particular, que en el fondo de todas las miserias encuentran pepitas de oro del mejor quilate, y en medio de las lágrimas ven ellos la poesía! Digérase que los artistas tienen la facultad de hacer fisga del destino: Del fondo de los precipicios y de las grandes caídas surgen las obras maestras.

Yo tengo para mí que cuantos conocimientos pueda el hombre adquirir sobre el universo de un modo racional son todos útiles y dignos de toda su atención, siquiera sea por el uso y ejercicio de nuestras facultades intelectuales. Quien desprecia un orden racional cualquiera de conocimientos, por no ser aplicables á la satisfacción de nuestras necesidades materiales, es uno como sibarita intelectual en quien la *bestia*, simbolizada por Jaime Maistre es único y absoluto legislador.

Las otras condiciones de universalidad y permanencia, la propia enunciación es suficiente para desvirtuarlas; no haremos, pues, sobre ellas peso alguno.

Lo que Bacon insinúa tampoco me parece que da materia suficiente para un examen largo.

¿Cómo hemos de decir que el objeto que deben proponerse las ciencias son los inventos? Esto será una consecuencia de la marcha de ellas, no una condición necesaria para su constitución ó su existencia.

El origen de las ciencias fué, indudablemente, la necesidad; pero hoy no sería propio decir que no deben proponerse otra cosa que el conquistarnos comodidades. Esto sería volver al punto de partida. Por la misma naturaleza de la ciencia deben aumentarse nuestros medios de existencia; pero bien podría una ciencia comportarnos incomodidades materiales, que aún así lo sería y progresaría: Hay espíritus que gustan del trabajo por el trabajo mismo.

Las condiciones que expresa L. Boureau se hallan comprendidas en la definición que dejamos consignada al final del capítulo II.

Siempre que un sistema de conocimientos ciertos sea relativo á un aspecto particular de un objeto cualquiera, sea éste real ó ideal, puede erigirse en ciencia. Cuando un objeto puede ser examinado desde un punto de vista bien determinado, puede ser motivo y causa suficiente del nacimiento de una ciencia nueva. Me parece que no tiene objeto el considerarle de un modo exclusivo para determinar si puede dar origen á una ciencia. En realidad, la única condición es que este objeto exista; pues desde el momento en que su existencia es reconocida por el hombre, allí empieza la ciencia á germinar.

Tampoco debe pretenderse que el campo en que cada ciencia actúe sea exclusivamente suyo, nó; y que deben marcarse con líneas rectas los límites entre ellas. La subordinación y el enlace de las ciencias es un hecho inevitable, puesto que es una consecuencia de la naturaleza de las cosas, de la armonía y la unidad del universo. Varias ciencias particulares pueden venir á constituir la ciencia completa de un objeto. Y el conjunto y enlace de todas forma ese edificio y esa construcción indeterminada que llamamos *ciencia general* humana.

"Los que exigen, pues, de una buena definición que exprese en síntesis todo cuanto pueda decirse de lo definido, deben de buscar en la que dejamos consignada de la Ciencia los caracteres de ésta".

(Continuará).

Agosto de 1891.

RAMÓN ZELAYA.

## MI VECINITA.

I.

NATURALEZA toda dormía. Era la hora en que el ángel de la oración saluda á las almas creyentes y la luz de algunas estrellas comienza á luchar con las brumas de la noche.

Mi alma estaba triste, Ninguna cantiga amorosa se oía á mi lado, y el ruiseñor antes tan alegre y juguetón en su jaula de oro, lloraba con Filis la ausencia de su amante.

La luna asomó por fin su pupila melancólica y triste, derramando sobre la tierra tibia luz de plata.

Aurelia levantó entonces su cabeza olímpica para admirar á la reina de la noche que asomaba por entre los cortinajes de su morada espléndida é inmensa.— Luego fuese á su tocador, que semejaba coqueto cofrecillo de riquezas orientales, entrelazó su hermosa cabellera de ébano con hojas de nardos y rosas, de alielies y adelfas; calzó sus pies con lindas zapatillas albinas, que parecían blancas corolas de magnolia; prendió en su seno tibio y perfumado delicado ramo de azahar, y luego sobre el florido, magnífico atavío vistióse graciosamente lindo traje de finísima dorada gasa, cuyas mallas invisibles parecían formadas maravillosamente por la luz en sus telares de oro. Se ve por última vez en su hermosa luna veneciana, perfuma sus manos de seda japonesa en aguas olorosas que semejan tomillos del monte Himeto, y sale de su tocador alegre y graciosa como alborada de mayo. Va para un baile. El break elegante y soberbio la espera en la puerta. Hace un mimo al mirlo que está triste entre alambres dorados, y el auriga parte al galope á una señal de la princesa. Se celebra la fiesta onomástica de un personaje distinguido. Hay gran animación, gran alborozo, y el amor, esta palabra caída del cielo, puebla de ilusión y felicidad el vacío de todos los corazones en esa noche de inefables recuerdos.

Aurelia baja de su break elegante y soberbio y un ugier la anuncia. Coro de admiración se levanta á su alrededor y la señora de la casa la recibe con una distinción digna de la marquesa de Rambouillet, mien-

tras que sus hijas, envueltas en nacaradas gasas, distribuyen entre los convidados sonrisas y atenciones como distribuye dones la felicidad. Elegante está el baile. Cien parejas aderezadas con más lujo que gracia, se lanzan al salón, ébrias de felicidad, obedeciendo á los compases de un vals aristocrático. Mil luces esparcen profusamente sus claridades tropicales por todos los ámbitos de aquella mansión regia, digna de un Dux ó de un estirado lord inglés.

Miradla! allá viene la niña de cabellera blanca y de ojos negros y centelleantes, paseándose coquetamente del brazo de un lechuguino, extendiendo de vez en cuando, cual la cola de un pavo real, su abanico de levisimas plumas de lapislázuli.

Y nosotros viendo esa belleza, exclamábamos con el poeta:

Valsando es tal tu primor  
Que leve al céfiro igualas:  
Y parece en derredor,  
Blando escucharse el rumor  
De tus invisibles alas.

Ah! qué luz, qué perfumes, qué ramillete de flores frescas y primaverales había allí! ¡Cómo se veían por todas partes las violetas y los lirios, las rosas y las azucenas en búcaros de brillante porcelana de Sevres y en inmensos jarrones chinoscos, como departiendo cariñosamente con sus hermanas del salón!

Jóvenes, bailad! que el baile es una de las manifestaciones más bellas del arte.

## II.

Pero sigamos á la hermosa Aurelia en todos sus gestos y movimientos, como heroína al fin de la fiesta.

Son las dos de la mañana. Ha cesado el baile un momento. El ambigú está abierto. Todos se dirigen á aquella estancia deliciosa, donde figuran en primer término, el rojo púrpura del Rhin y ese caballero de bigote rubio, estirado y cursi en su carruaje de cristal, que se llama el vino blanco, como dijo el poeta de la lira de oro.

Aurelia es objeto de mil atenciones, y no faltó un caballerito, pájaro de primer vuelo, que le endilgara unas sentidas y apasionadas décimas celebrando su hermosura. Un aplauso ruidoso fué la corona del poeta.

Veámos si quiera dos que llegaron á unestrás manos por gran casualidad:

Es imposible negar  
Que eres bella como pocas:  
Entre las más lindas bocas  
La tuya no tiene par;  
A nadie cansa mirar  
Esos tus ojos, mujer,  
Cuando los sueles volver,  
O sus pupilas dilatan,  
"Estoy seguro que matan  
Muchas veces sin querer."

Tu cuerpo es la palma erguida  
Que al caminante en su viaje,  
En desolado paraje  
A descansar lo convida.  
¡A cuántos dejas, en vida  
Muertos á todo placer!  
To te quieres convencer,  
Mas tu corazón, ingrata,  
"Estoy seguro que mata  
Muchas veces sin querer."

Tras esta explosión de entusiasmo, siguieron los brindis, los diálogos galantes y amistosos, los dichos inocentes, las ocurrencias de buena ley, todo en honor de los distinguidos anfitriones y de las bellas, que constituyen siempre el alma de toda fiesta.

El reloj del vestíbulo dió las tres. Todos se levantaron entonces y siguió el sarao más alegre, con más expansión que antes, porque á esas horas parece que los corazones se abren á las dulces impresiones de amor, á los requiebros apasionados, pero de buen tono, á todos esos detalles que le dan á un baile regio un carácter menos riguroso. Ya nuestro valiente improvisador no era el joven de antes, ya está triste, siente la cosquilla del amor en el corazón y hay una sombra en el cielo de su dicha. Tiene un rival y esta idea hace que caiga la noche sobre su conciencia, según la expresión de Becquer.

Ya anda pensativo, abstraído, y si habla es con dolor en el corazón.

La bella Aurelia también inclina la frente de vez en cuando, pero no suspira por él, sino por el ausente, por el que tal vez no se acuerda de ella.

Sin embargo, una flor bañó de alegría el corazón del joven vate. A la hora de la despedida, cuando ya la aurora reía en el Oriente, la simpática princesita de ojos negros y bruñidos, le dió un miosotis, la flor azu-

lita de Lamartine, el No me Olvides de todos los amantes.

Es imposible comparar la alegría que experimentó el hijo mimado de las nueve, que ya veía enlutado el horizonte de su felicidad. Aquella florecita azul que parecía un pedacito de cielo, simbolizaba todo un idilio y fué la página más elocuente de la historia de su vida.

Los convidados pronto abandonaron aquella mansión, donde habían gozado dichas sin fin, los primeros y últimos deliquios de amores puros y contrariados.

La niña de ojos negros y centelleantes también partió á escape en su break elegante y soberbio.

Poco á poco todo fué muriendo, como quien deshoja una flor. Por allá en un ángulo del salón se veía volcada silla, por acá girón de traje color de cielo, cintas enredadas entre las flores de los jarrones chinoscos, las margaritas, los jacintos, los rododendros se inclinaban lánguidamente como llorando la ausencia de seres queridos, y los pajarillos prisioneros y de la enramada entonaban un himno triste á la mañana.

Por fin, el salón se sumió en un sueño profundo. Ay! de aquella fiesta sólo queda el recuerdo, los rostros de rosa de aquellas mujeres grabados en nuestros corazones, y las ilusiones zumbando á nuestro alrededor, cual las abejas á la orilla de su enjambre!

¡Qué triste es ver llegar la noche después de un día primaveral!

## III.

Seis meses han pasado después de aquel baile.

El joven vate todavía conserva aquella flor, aquel no me olvides, en su cartera de apuntes.

La bella Aurelia se eclipsó como por encanto.— No se volvió á ver más. Sin embargo, aseguran algunos que lleva vida conventual y se ha vuelto hurana con todos. Y es que seguramente intenta guarecerse del sol del alma, que es el amor. No temas nunca de tu amiga, niña gentil,

¡La luz que un fósforo destella  
Causa celos al sol de la mañana?

## IV.

Hace pocos días, cuando menos lo pensaba, la ví una tarde con un traje gris plateado, salpicado de miosotis, á semejanza de un cielo azul bordado de diamantes en una noche estival.

Lucía un sombrero grande y alón con plumas color de perla, y en sus brazos mórbidos ostentaba lujosos brazaletes de moneditas de oro reluciente acabadas de salir del troquel.

Y cuando sale á la calle le dicen todos: Ahí va la princesita de ojos negros y centelleantes, dejando tras sí los granitos de sal de Andalucía.

## V.

En las tardes tristes de invierno, principalmente cuando la campana toca al *angelus*, me place en extremo contemplar á mi vecinita cosiendo afanosamente en su ventana, tocando al piano una música de Chopín ó Strauss, ó leyendo algún libro de Lamartine, el poeta de las celestes meditaciones, ó bien hojeando la María, ese poema eterno de amor, donde todas las mujeres aprenden á querer y á guardar en su alma el precioso santuario del pudor, que es el don más grande que Dios ha concedido á la bella mitad del género humano.

Sigue tu carrera laboriosa, niña gentil, y si encuentras espinas en el camino que te imaginabas lleno de flores, culpa al cielo únicamente que te dejó que bajaras á este valle de lágrimas!.....

ALBERTO RODRÍGUEZ.

## TRISTEZA.

Á solas con la noche estoy llorando,  
pues comprender no puedo sus agravios.  
Olvidarla? Jamás! que entre sus labios  
mi alma en un beso la dejé temblando.

Ay! Cuántas veces cuando en vano lidio  
por arrancar del corazón mi amor,  
al fatídico espectro del suicidio  
he visto deslizarse aterrador!

Soñé que unidos en abrazo estrecho  
una sola alma formábamos los dos,  
y que de amor, en lágrimas deshecho,  
mi corazón sin fe se alzaba á Dios.

Depón' el ceño, olvida tus enojos,  
devuélveme tu amor, mi único anhelo,  
que á la lumbré divina de tus ojos  
me envidiarán los ángeles del cielo!  
San José, --1891.

X....

## Por un zapato.

TRÓN! trón! trón! La pesada máquina se puso en marcha, estirando y encogiendo alternativamente sus remos de acero, al principio con lentitud perezosa, luego con rapidez creciente, llevando á remolque dos carros de mercancías y un coche de segunda clase ocupado por sólo dos viajeros.

Era el tren ordinario que sale de San José para Alajuela á las cinco de la tarde, y que aquel día, por un desperfecto de la vía férrea, no partió hasta las siete.

Los dos únicos pasajeros, que sentados frente á frente en escaños paralelos se observaban silenciosos, á la luz parpadeante de una lamparilla casi sin aceite, eran un hombre cincuentón y una mujer de treinta, con traje basto y raído el uno, la otra charramente vestida y llena de mirñaques y cintajos.

Ambos se habían saludado ceremoniosamente al entrar en el vagón: él, con visibles deseos de entablar palique, había dirigido algunas galanterías fiambres acogidas con displicencia por su vecina. La cual parecía en extremo contrariada, acaso porque esperaba un *vis-á-vis* menos arcaico, acaso... pero no formemos juicios temerarios.

El silencio era embarazoso.

El viajero, después de varias tentativas infructuosas para destrabar la lengua de la joven, manifestó su fastidio con unos cuantos bostezos, se acomodó en el rincón del coche y entornó los ojos. Dormía ya profundamente al pasar el tren por la estación de Santo Domingo.

Cuando sus ronquidos dieron testimonio elocuente de que el sueño no era simulado, irguióse vivamente la joven, tosió, hizo ruido con los pies, y convencida de que el vejestorio no la espía, levantó la pierna izquierda, se quitó trabajosamente el apretado zapato, se frotó el pié dolorido, practicó igual operación con el otro, y lanzando un suspiro de satisfacción se recostó en el respaldo del asiento, á riesgo de apabullar la monumental capota que se elevaba sobre su cabeza como una pirámide en la loma de un cerro.

Á poco no se oyó en el vagón ya otro ruido que un desapacible dúo de ronquidos, en falsete los unos, graves, profundos y cadenciosos los otros.

\*\*

Mientras los dos viajeros se hallan entregados á las delicias de Morfeo, vamos á presentarlos á nuestros lectores con el ceremonial de costumbre.

Don Gumersindo Buenafé, bonísima persona, hombre de la mejor pasta del mundo, medianamente rico y más que medianamente gordo, domiciliado en Río Segundo, agricultor, casado con el mismísimo demonio, que no otra cosa era su mujer, la más díscola, pendenciera y celosa que Dios haya echado nunca al mundo. Don Gumersindo almorzaba vinagre, comía hieles y cenaba acibar sin decir chus ni mus, pues sabía por experiencia que el mejor pararrayos contra las tormentas domésticas era dar la callada por respuesta á las agresiones y arrechuchos de su *cara* (así decía él) mitad. Pero como la afición á lo vedado aumenta con el rigor de la prohibición, la tiranía conyugal engendró en don Gumersindo ciertos asomos de galanteo trasnochado, reducidos á piropear á cuantas muchachas y aun viejas encontraba, mirarlas con ojos de carnero degollado, suspirar..... y nada más, porque el buen señor era inofensivo é incapaz de faltar á nadie.

Doña Juanita Pérez deKummer, la señora que duerme enfrente de don Gumersindo, es oriunda de San José, pero hace un mes que se casó con un comerciante alemán y vive en Alajuela, donde se halla establecido su esposo.

Con sus puntas de bonita y sus ribetes de coqueta, Juanita pasó los mejores años de su juventud dando cuerda á cuantos galancetes la cortejaban; hasta que rayana en los treinta agostos y viendo alejarse poco á poco á sus adoradores como pájaros que huyen de un árbol ya sin fruta, pensó seriamente en el matrimonio y acotó con el alemán como náufrago que se ase á un palo erizado de clavos.

Y un palo erizado de clavos era efectivamente el bávaro don Otto von Kummer, á quien podría retratarse con sólo añadir una *r* á su nombre gentilicio. Tosco, babazorro, atrabiliario y viejo, su iracundia ingénita todo lo arramblaba, y así caía sobre sus infelices y escasos parroquianos, como se desfogaba en sus dependientes y aun en su mujer, no obstante el amor salvaje que la profesaba y lo reciente de sus bodas.

Por contera y remate de tan recomendables prendas, era celoso, no á la manera de la esposa de don Gumersindo, sino celoso del género trágico.

Al día siguiente de su enlace había dicho solemnemente á su costilla: "Mirra, Cuanitaca te quiero mucho ¡ya! puedes ir y venir sola por todas partes; perro ¡cuidado de engañarme! pues entonces ¡ya! con mi revólver te mataba ¡ya!"

Con lo que dicho se está que la atribulada Juanita pasaba las del algodón y andaba con la barba sobre el hombro, temerosa de incurrir aun en una sombra de deslíz, pues su marido era capaz de cualquier barbaridad. ¡Vaya si lo era!

\*\*\*

Con la socollada que dió el tren al detenerse en la desierta y oscura estación de Heredia, despertó á medias don Gumersindo; y advirtiendo que su dormida compañera se había descalzado, ya por imitarla, ya porque realmente le incomodasen los gruesos zapatos de becerro, se los quitó igualmente, poniéndolos sin ruido en el suelo al lado de los de la señora, y concilió á renglón seguido su sabroso sueño, mientras el tren se ponía otra vez en marcha.

\*\*\*

"¡Río Segundo! dos minutos!" gritó el conductor del convoy asomándose á la portezuela.

Juanita entreabrió los ojos, volviendo á cerrarlos en seguida. Don Gumersindo, adormilado todavía, se enderezó como un resorte, buscó á tientas los zapatos, se los calzó con gran dificultad, cogió su maleta y bajó al andén.

Dar un paso y sentir un dolor agudísimo en el pié izquierdo, fué todo uno; afortunadamente un criado le esperaba en la estación con un caballo de la brida, y un momento después don Gumersindo llegaba á su casa de campo á cuya puerta estaba su mujer hecha un veneno.

El pobre hombre tartamudeó algunas excusas para disculpar su tardanza, como un escolar sorprendido en flagrante; pero á las primeras palabras le interrumpió su mujer con un torrente de improperios y denuestos:

—¡Sí, á mí con ésas! ¿crees que soy tan tonta para dejarme engañar, embustero? ¡Que el tren salió tarde! Buena tarde pasarías tú con alguna pindonga callejera, pillo!

—¡Pero mujer.....!

—Te quedaste en Heredia y te has venido á caballo..... ó á pié con alguna buena pieza ¿verdad?

Don Gumersindo recibía el aguacero con cristiana resignación al mismo tiempo que bajaba del caballo; pero al andar en tierra se renovaron los dolores del pié izquierdo, y el señor Buenafé entró cojeando en la sala, seguido de su esposa que no cesaba de injuriarle.

—Por Dios, Perfecta, tráeme el sacabotas, dijo al fin con voz desfallecida, dejándose caer en una silla.

Perfecta obedeció refunfuñando, aunque ya mas apaciguada por virtud de ciertos envoltorios y cajitas que acababa de ver en la entreabierta maleta, y que eran, á no dudarlo, otros tantos regalos de su obsequioso marido.

Don Gumersindo pone el talón derecho en la horquilla del sacabotas.

—¡Qué torcida traes la corbata!

—El viento, mujer.

Don Gumersindo se saca la botina derecha.

—¿Y también el viento te abolló el sombrero?

—Fué que me dormí en el tren.

Don Gumersindo al decir esto mirando tiernamente á su esposa, se descalza á duras penas el pié izquierdo entre ayes y pujidos; pero en aquel mismo instante, Perfecta, que sigue con los ojos todas las evoluciones de su marido, lanza un grito, se inclina, se yergue rápidamente, y dando alaridos espantosos y cubriéndose la cara con el pañuelo, muestra en la otra mano un objeto....

Á las lamentaciones de la mujer únense los aullidos del falderillo asustado, y en medio de aquella infernal batahola, don Gumersindo, espeluznado y yerto, con trasudores y congojas mortales, sonriendo maquinalmente como un idiota, se queda petrificado y con los ojos fijos, quiere hablar y se le atasca la voz en la garganta, siente por fin que todo da vueltas en torno suyo, y el pobre hombre, lanzando un gruñido ronco, se desploma sin sentido sobre la silla.

El objeto que Perfecta tenía en la mano, la ocasión de aquella tremenda catástrofe, era.... un zapato de mujer!

\*\*\*

Al silbido estridente que dió la locomotora al arribar á la estación de Alajuela, despertó Juanita toda azorada, calzóse de prisa los zapatos y se dispuso á descender al andén donde de fijo la aguardaba su esposo. Apenas avanzó algunos pasos experimentó una sensación extraña: parecióle que tenía una pierna más corta y más pesada que la otra, y renqueaba sin poder remediarlo.

"Me he entumido con el frío", pensó cuando abría la portezuela del vagón; mas al poner el pié en el estribo, al tiempo que un empleado la alumbraba con una linterna, bajó naturalmente la vista para no dar un mal paso, y entonces ¿quién podría pintar su asombro, su espanto, al ver al lado de su pié derecho, calzado con elegante botina de charol con tacón alto y aguzado, su pié izquierdo metido en un horrible y grueso zapato de becerro, deformado por la presión de un pié masculino, nudoso y ancho?

¡Juanita! Juanita! gritó el señor Kummer desde la sala de espera; pero Juanita tenía más ganas de llorar que de responder. Casi haciendo pucheros se dirigió al encuentro de su marido, el cual, previo extenso y molesto interrogatorio hecho con visible mal humor, la tomó del brazo y se encaminó con ella á su casa.

Como el reo á quien conducen ante los tribunales, iba Juanita por la calle cavilando sobre la manera de salir del apuro. ¿Explicaría á su esposo el inocente trueque de zapato verificado en tren, tal como ella suponía que había sucedido? Fuera de que no sería creída, esa explicación requería una serenidad que la infeliz estaba muy lejos de poseer.

Lo mejor era, una vez llegada á su casa, mudar de calzado á la chiticallando y arrojar aquel inmundito y funesto zapato al basurero.

Pero la suerte disponía las cosas de muy distinto modo.

No bien hubieron entrado en la sala, el señor Kummer cerró con llave todas las puertas, se quitó el sombrero y la levita sustituyéndolos con un gorro griego y una bata que estaban en su sillón, descolgó de la pared una enorme pipa alemana, la encendió, hizo sentarse á su atónita esposa en una poltrona, y él de pié y calándose las gafas se preparaba á hablar, cuando..... ¡oh fatalidad! de improviso su mirada se fija en el suelo, y el feroz alemán se queda inmóvil, con los ojos y la boca desmesuradamente abiertos, la pipa levantada en alto como un estandarte, y la mano izquierda tendida hacia el maldito zapato que asomaba desvergonzadamente por debajo de la corta falda de Juanita.

\*\*\*

En un tris estuvo el que en aquella noche aciaga no se rompieran definitivamente dos matrimonios: el de don Gumersindo y Perfecta, porque ésta pedía á gritos el divorcio, amenazando á su aturrullado marido con irse esa misma noche á casa de sus padres; el de don Otto von Kummer y Juanita, porque aquél estuvo á punto de divorciarse sin necesidad de recurrir á las vías legales, propinando á su mujer una dosis de plomo con su *revólver*. Dichosamente las reiteradas súplicas de las víctimas aplacaron un tanto á los verdugos, y la e-

jecución de las terribles amenazas se aplazó por un día, á fin de que los acusados pudieran probar su inocencia.

\*\*\*

Á la mañana siguiente, el conductor del tren de marras se paseaba enfrente de la estación de Alajuela cuando vió acercarse dos parejas por distintos caminos: la que venía de la ciudad la componían el señor Kummer y su esposa; la que se aproximaba por la vía férrea, don Gumersindo y su cara mitad. Los maridos llevaban sendos envoltorios debajo del brazo.

Apenas la distancia les permitió reconocerse, oyéronse simultáneamente dos exclamaciones proferidas por don Gumersindo y Juanita: los dos matrimonios cuchichearon entónces, y en seguida se reunieron en un solo grupo en que se discutió con viveza largo rato, hasta que separándose el señor Kummer llamó por señas al conductor y conferenció con él aparte.

Hizo lo mismo á continuación la esposa de don Gumersindo, y terminado el coloquio, penetraron los cuatro alegres como unas pascuas en la sala de espera, á la sazón completamente desierta.

Desenvolvieron los paquetes, trocaron los zapatos que iban dentro y que habían sido causa inocente de tan trágicos sucesos, y las dos parejas sellaron la paz con un estrecho abrazo y un ósculo sonoro.

Es fama que don Gumersindo y Juanita no han vuelto nunca á descalzarse en el tren, tanto por temor de otro *quid pro quo*, como porque ahora viajan siempre acompañados de sus respectivos consortes.

C. GAGINI.

## SOMBRAS.

(Filosofía de Schopenhauer.)

Que es la vida?—Una comedia,  
una comedia y no más,  
do el Interés y el Engaño  
van cubiertos de antifaz.

Es el mundo la ancha escena,  
la mujer, primer actor,  
que en esta revuelta humana,  
quien mas engaña es mejor.

EMILIO PACHECO.

## CARMELITITA.

¿Como es posible que mis cantares  
no te dedique, virgen de amor,  
si á tí te arrullan los palomares,  
si te perfuman los tomillares,  
si eres la musa del trovador?  
¿Si eres ondina de la mañana,  
ninfa divina de rosicler,  
linda azucena de filigrana,  
de los jardines la flor sultana  
y obra bendita del Sumo Ser?

Tu palmerino talle,  
florequita de oro,  
es del alma de un poeta  
todo el tesoro;  
y se ve el cielo  
ál traves de tus ojos,  
que son mi anhelo.

Mariposilla errante de mil colores  
que va de rosa en rosa y entre jazmines;  
leve aura vagarosa en los primores  
vá regando afanosa en los jardines;  
la musa inspiradora de los cantores,  
la ninfa encantadora de los festines,  
que arrullan á la aurora los ruseñores  
y cantan á toda hora los francoliees;

la reina entre las Gracias y las Sirenas  
cortejada por todos los querubines,  
adornada por todas las azucenas  
y admirada del mundo por los confines:  
Esta maguita,  
que enoloran las auras,  
es Carmelita.

San José, Agosto de 1891.

RAMON ZELAYA.

## Las Palomas.

(Versión libre del francés, de Teófilo Gautier.)

Ves? En el valle una palmera altiva  
alza á los cielos sus frondosas ramas,  
à do en busca de albergue se dirigen  
blancas palomas con ligeras alas.

Aletean gozosas y allí duermen;  
pero cuando despunta la mañana,  
aletean de nuevo, y por el aire  
como sarta de perlas se desgranán.

Vuelan al horizonte con presura,  
semejando, á lo lejos, nube blanca  
que se pierde bien pronto y sólo deja  
triste y vago recuerdo dentro el alma.

Pues bien! cual la palmera de aquel valle  
así es mi corazón. . . . . visiones blancas  
en él buscan albergue por la noche,  
pero huyen ¡ ay! al resplandor del alba.

Yo las siento volar en loco enjambre  
y me estremece el ruido de sus alas;  
me quedo solo, y al pensar en ellas  
pienso en tu amor y vierto acerbos lágrimas.

R. M. R.

## SUEÑOS.

Soñé que venturoso al lado tuyo,  
envuelto en el fulgor de tu mirada,  
besaba delirante  
tu negra cabellera perfumada;  
soñé que entre mis brazos  
tu cuerpo angelical aprisionaba;  
y besaba tu frente que da envidia  
á la azucena pálida:  
soñé que un mismo amor, ardiente, inmenso,  
unía eternamente nuestras almas,  
y que tú eras para siempre mía,  
y puesto de rodillas te adoraba.  
Mas ¡ay! al despertar del grato sueño  
recordé con dolor que no me amabas,  
volví á la realidad y me hallé solo,  
vertiendo amargas lágrimas.

AMER.

## Juego de Prendas.

(PÁGINA ÍNTIMA A.....)

Cuán cierto es que los juegos y los sueños sirven  
á veces para apartar de nuestros ojos la venda que  
nos impide ver la realidad! Y cuán cierto es tam-  
bién que de los más pequeños incidentes, atentamen-  
te observados, se desprende un reguero de luz sufi-  
ciente para marcar el derrotero por este áspero cami-  
no de nuestra vida!

Has hecho bien, amiga mía! La flor que me  
simbolizaba, por una rara coincidencia emblema de  
la modestia, no era digna de ocupar un puesto al lado  
de tu corazón. Bastábale para no morir de pesadum-  
bre que la colocaras indiferentemente en los bucles de  
tu cabellera brillantada!

Y qué más puedo yo desear, pobre oruga con as-  
piraciones de águila, ola mansa con ímpetus de océa-  
no indomable, éxtasis con grandes alas siempre a-  
biertas?

Tú, amiga mía, no puedes descender del cielo de  
crystal en que te hallas para venir á ocupar el nido va-  
cío que existe en mi corazón.

No he logrado todavía conmovér tu alma y pro-  
bablemente no lo lograré nunca. Tú vives en la re-

gión altísima del ideal y esa tensión perenne de tu es-  
píritu impide que te fijes en mí, mortal infortunado.

Mi amor, como la flor que me simbolizaba, sólo  
llega á tu cabeza, no puede bajar hasta tu corazón.  
Los cantos que me inspiras halagarán tu oído pero no  
conmoverán tu alma.

Qué idea tan amarga! Y sin embargo en medio  
de mi desventura consuélame que echaste al agua la  
flor que simbolizaba á mi rival aborrecido.

Tú no puedes amarlo! La estrella no abandona  
su dosel para esconderse en el filón de una mina de  
oro. Existe en torno tuyo una atmósfera de poesía en  
la que no puede vivir ninguna idea prosaica.

Dios no ha podido darme esta vida de amor que  
te consagro para que se consuma solitaria, ni ha he-  
cho que te encuentre en mi camino, realizando la  
más bella ilusión de mis ensueños, para que me abor-  
recieras ó abandonaras.

Una voz secreta me dice que tu alma está unida  
á la mía por esa conjunción invisible del ideal y que  
algun día me comprenderás. Entonces, oh amiga  
mía! me abrirás las puertas de oro del palacio de tu  
corazón.

PABLO.

San José, 24 de Agosto de 1891.

## DESOLACION

(A MI QUERIDO AMIGO CHICHO).

Algunas mujeres consideran  
á sus amantes como naipes;  
juegan con ellos cierto tiempo  
y cuando se ven con ganancias  
eligen otros con quienes pierden  
lo ganado con los primeros.

SOFÍA ARNOULD.

I.

EN una de tantas noches de insomnio leí tus  
"Dichas Pasadas" y como las almas en el in-  
fortunio son hermanas, te leí con el interés y la at-  
ención del que como tú, tienes muertas las ilusio-  
nes y marchitas las esperanzas; y al terminar la lec-  
tura, un hondo suspiro se escapó de mi pecho, y  
sólo pensé en narrarte lo que ha sufrido mi corazón  
en el tiempo de dos meses, pues las penas comuni-  
cadas pierden una parte de su intensidad. Du-  
rante ese pequeño período ignoro si era ó no feliz,  
pues aunque no sentía los dulces placeres que brin-  
da el amor cuando es correspondido, tampoco fui  
castigado con el duro azote del desengaño y tení-  
a por compañera inseparable la tranquilidad de  
mi alma.

II.

Una noche—noche que hoy maldigo!—se  
presentó á mi vista una mujer y al cambiarnos u-  
na mirada, la luz de sus pupilas hirió mi corazón  
como rayo fulminante, y cual frágil barquilla que  
arrastrara el Niágara á sus abismos, caminé en pos  
de ella mi existencia para abandonarme luego en  
el inmenso desierto del desengaño y quizá del ol-  
vido.

Ah! Chicho, escúchame con atención y te  
contaré la historia de ese amor.

No creas que mi cabeza se inclinó rudamente  
al peso del primer dardo punzante del dolor, y en  
eso estribó mi mal, mal que hoy deploro allá en  
mis horas de quietud y calma. Ella aceptó mi a-  
mor, mis ternuras, mis arranques siempre apasio-  
nados y creyéndome dichoso, forjé en mi mente un  
paraíso poblado de armonías y felicidad; y allí en  
medio de aquel altar, en el trono blanco y puro  
que le había levantado mi corazón, me imaginaba  
su figura sonriente y amorosa, prodigándome son-  
risas y miradas, como la fortuna distribuyendo do-  
nes á sus favorecidos; y embriagado en mi pasión,  
loco en mi delirio ardiente, concebí la esperanza  
más dulce de mi vida, la de llamarla amorosamente  
mía y yo eternamente suyo. Preparé mi corazón,  
que en lucha tenaz consumía mi existencia, y una  
noche de inefables recuerdos, porque recibía sus  
favores, la dije lo que sentía por ella, que lejos de  
sus ojos, mi vida era "la esteril nada", que unie-  
ramos nuestras almas en estrecho lazo y nuestra  
constancia en amarnos nos haría dichosos é inven-  
cibles á cuantos obstáculos nos opusiera el destino  
malhadado, porque un amante todo lo vence por  
la mujer que adora.

III.

Ahora que ya sabes mi historia ¿dime querido  
amigo, podrá ser igual nuestro destino? ¿puedes  
compararlo con el mío, maldito quizá por el mismo  
cielo? Tu gozaste del amor cuanto quisiste, fuiste  
su niño mimado, te viste rodeado de todos los pla-

Trémula, nerviosa, no sabiendo qué hacer con  
la catarata hirviente de mi pecho, — sí, me dijo,—  
seré tuya, tu compañera fiel, presto se realizará tu  
bella esperanza.

Desde ese instante la alegría bañó mi corazón,  
mi dicha había llegado á su colmo, todo apareció  
á mi vista encantador, bajo un prisma de mil colo-  
res y en el cielo de mi amor sólo aparecían nubes  
de topacio y de rubí formando contrastes maravi-  
llosos, mágicos celajes, que en vano podrían imitar  
los pincelos inmortales de los grandes artistas; la  
Fornarina de Rafael, las vírgenes de Murillo, las  
mujeres rubias del pintor flamenco, eran pálidos  
bosquejos ante la mujer que en mi delirio amé.

En fin, mi dicha estaba completa, me consi-  
deraba feliz.

Mas . . . . . qué fugaz pasó ante mis ojos esa  
exhalación de delicias; mutación de un día, que la  
negra realidad con su descarnado semblante puso  
ante mi camino.

Sí, Chicho, todo desapareció como raudo tor-  
bellino. El sol que alumbraba mi ventura se e-  
clipsó, dejándome en noche tenebrosa, llena de  
negros nubarrones, sin una estrella que ilumine el  
camino que yo me imaginaba de flores. La mu-  
jer que amé me engañaba sin compasión, sus ca-  
ricias no nacían del corazón porque no lo tiene.  
Su ternura y el fuego de sus ojos, eran brillantes  
ficticios que caído su esmalte, pierden su brillo.  
Al cariño, siguió el desdén, la altivez, el vano or-  
gullo, porque la mujer es un libro que hay que le-  
erlo todos los días para que no nos sorprenda con  
sus mil capítulos y sus mil arcanos. Te lo confie-  
so ingenuamente, amigo mío; en su niñez creo que  
jugó menos con sus muñecas que hoy con mi co-  
razón. Soy una especie de fanteoche que conoce  
todos sus mecanismos, pues en medio de sus des-  
denes, con una caricia me convierte en un lechu-  
guino saltimbanquis.

Yo que busqué en su pecho mi felicidad, en-  
contré un tribunal terrible de inquisición; ella la in-  
quisidora, mi corazón la víctima. Y sin embargo,  
no puedo olvidarla, prefiero ser su amante infeliz,  
bendigo mis horas de dolor y nada basta á dismi-  
nuir mi ardorosa pasión. Siendo el amor el único  
lazo que retiene á la mujer en el mundo, parece  
increíble que permanezca impassible ante él y ante  
el dolor de un hombre. La indiferencia, el frío  
desdén, es el mayor castigo que el cielo puede ar-  
rojar sobre un infeliz amante, porque sin ilusio-  
nes, sin ningún poema que interese el alma, todo  
parece desierto en la tierra, negro velo cae sobre  
nuestra conciencia, el pecho se convierte en un  
cementerio donde se lleva muerto el corazón. Yo  
que he oído tantas veces de sus labios quejas a-  
margas contra su destino, que he sido su confiden-  
te en las penas que la agobian, la ofrecí mi mano  
para llevarla á un trono soberbiamente rico y allí  
rendirle culto como á una diosa. Yo hubiera ar-  
rancado á la fortuna todos sus favores para depo-  
sitarlos á sus pies; sí, adorarla noche y día, con la  
pasión de Otello porque es mi sola dicha, mi único  
pensamiento.

Pero todo fué en vano . . . . . en premio de  
tanto sacrificio, una horrible decepción vino á os-  
curecer el horizonte de mi dicha, el abandono  
más atroz y quemante fué el galardón de tanto a-  
mor y á solas, á la luz que muere, he llorado sobre  
el cadáver de mi felicidad. Ah! es muy triste vi-  
vir así, solo en el mundo, sin un rayo del amor  
perdido, sin la esperanza siquiera de que la com-  
pasión la haga volver sus ojos hácia mí y sacarme  
de este infierno en que me arrojó, infierno que ha-  
ce que la existencia me espante y tenga miedo de  
mí mismo, pues á veces siento que la muerte me  
ofrece su eterno reposo, y el alma cobardé hace  
que todo mi ser se estremezca de horror y ante mis  
ojos se presentan hondas abismos que detienen mi  
paso incierto; é inmóvil cual la estatua y perdida  
la razón, inclino mi frente abatida y los párpados  
se cieran como si tuviera vergüenza de mi mismo  
dolor, pero espero pronto mi resurrección para  
continuar con paso tranquilo el camino que me  
trazó mi suerte.

ceres y halagado con dulces caricias, tienes lleno el corazón de recuerdos que te es grato traer á la memoria. Que al fin concluyera es natural, todo en esta mudable vida tiene su fin; mientras que yo si evoco á mi mente los goces del pasado son muy pocos; mis horas de felicidad desaparecen ante el peso de las que he pasado de infortunio; he visto asomar mi dicha y luego huir para siempre....

## IV.

Pero no..... te engaño; es cierto que mi placer fué como la vida de la flor; fresca y lozana por la mañana y marchita en la tarde al despedirse el gran sol; pero por esos momentos, olvido todo cuanto de odioso y triste tenga mi vida; y por un rato de felicidad al lado de la mujer que adoro, diera mi porvenir, cuanto valgo y cuanto soy y no podré olvidar mientras viva todo el bien que me hizo con sus caricias y su fingido amor; mis penas se disipan cuando la miro sonriente y placentera; más si sufre, su dolor es el mío; por eso le pido al cielo que no empañe el sol de su ventura con la densa neblina del infortunio, que el amargo desengaño, no llame jamás al dintel de sus puertas, que en torno suyo zumben las ilusiones y se vea rodeada de todas las comodidades de una vida tranquila, envidiada de todos, aunque en su pecho llegara á depositarse el odio para mí, pero nunca el olvido, porque si miro alejarse la esperanza de su amor, aun queda conmigo la de su amistad y así poderle tender siquiera la mano el día que cayera en el árido y difícil camino del desengaño!.....

OTELLO.

## NOTAS.

á los "Barbarismos guanacastecos" que el señor don P. Padilla Herrera me ha enviado dedicados.

*Acoto.* Acotar, en una de sus acepciones principales significa "cercar un terreno" para usarlo, según sucede en los comunes; y antiguamente se llamaba *acotada* la tierra cercada para hacer anualmente los semilleros de robles, encinas, etc. que estaban y aun están en ciertos pueblos de España obligados á hacer los vecinos. De este acto y de aquel verbo entiendo que deriva la palabra y juego de *acoto*. También se usa á *coto*, como expresión adverbial.

*Atijerado.* Me parece un buen adjetivo y aplicado á las bestias tenemos en castellano: Hacer tijera, que significa torcer el hocico el caballo cuando anda, por mala dirección del ginete. Por lo demás *atijerado* es á modo de *tijera*.

*Anticuico,* me parece ponderativo derivado de *antiguo*, como de *malo*, *maluco* y otros castellanos.

*Asyaco,* creo que es, si así lo pronuncian, corruptela de *ajaco*, cierta yerba americana que entra en una menestra ó picadillo que se hace también con patatas, calabaza, etc.

*Artasón,* debe ser *hartasón*, palabra de uso familiar en algunas partes de España por *hartazgo*, comida excesiva.

*Afegido,* por *afligido*, es palabra simplemente mal pronunciada, que también usa el vulgo en España.

*Algarete,* es expresión adverbial, *al garete*, usada por los marinos en algunas partes de España, como en Canarias, y de ahí *andar al garete* se aplica al que anda perdido ó sin rumbo fijo, de prisa ó atolondradamente.

*Aparcero,* es voz castiza y muy significativa, y equivale á *partícipe* ó *socio*, y como anticuado, *amigo*, *compañero*.

*Bolo,* significa metafóricamente el borracho que no se cae todavía, y esta significación proviene de la primera y directa de la palabra que es: un trozo pequeño y grueso de

madera, cuya base es más ancha que su parte superior, el cual tiene muchos usos en carpintería, albañilería, etc.

*Calilla,* significa como derivado diminutivo de *cala*, mecha con jabón, aceite y sal ú otros ingredientes, que se aplica en lugar de ayuda para exonerar el vientre. No creo que le den uso de adjetivo sino de sustantivo metafóricamente por *cosa* ó *persona delgada*.

*Cifra,* usada por indirecta, en el sentido de la oscuridad que envuelva el dicho á que se refiere, es buena palabra y se usa en las expresiones: hablar en cifra, etc. Los gitanos dicen *cifra* por *astucia*.

*Cuatrero,* es palabra bien castiza que significa ladrón de bestias y es fácil comprender el significado que se le da en el Guanacaste, lugar ganadero por excelencia.

*Clancha,* probablemente por *cancha*, que es cualquier lugar destinado á un juego, lucha, etc., donde los mozos del pueblo *salen al frente* ó entran en juego sucesivamente.

*Curro,* también se usa en algunos pueblos de España por pequeño y elegante.

*Coto,* probablemente por la medida llamada así de la mano cerrada y el pulgar levantado.

*Calabre,* también la gente rústica de España usa este barbarismo y además es arcaísmo marítimo por *cable*, del cual deriva *calabrote*, que está en uso.

*Chirre,* por *chirle*, metafóricamente, *sin sustancia*. *Agua chirle* se dice en algunas partes de España al caldo sin sustancia.

*Chumbulín,* es voz interjetiva onomatopéyica, como *chupulín*, etc., que expresa el ruido que hace el que se zambulle ó hunde.

*Chapín,* significa en castellano una enfermedad del casco del asno, que impide á este animal andar, y de aquí se ha tomado sin duda la aplicación al que tiene niguas.

*Charrasca,* probablemente corruptela de *tarasca*, sierpe larga y de muchos dientes que antiguamente se sacaba delante de las procesiones.

*Choco.* En algunos pueblos de España se dice *chucco* por *huero* y *chueca* por *chueca*. También pudiera ser este *choco* una transcripción especial de mejicano *xococ* que aquí se dice *joco-agrio*, ácido.

*Chocho,* por el sonido que produce el chanclo, ó tal vez por *chocho*.

*Chiripa,* es voz castiza que en el sentido recto se aplica al billar y metafóricamente significa *casualidad* ó fortuna impensada.

*Entreverado,* es adjetivo castellano aplicable á todo lo que tiene interpoladas varias cosas diferentes y de propiedades diversas.

*Encocado,* adjetivo derivado de *cocar*, hacer cocos y mimos para atraer á quien se enamora.

*Flemántico,* corruptela por *flemático*.

*Gurumino* y *gurrupío* se dice también por *chiquirritito* en algunas partes de España.

*Gamarra,* es la correa que va de la cincha á la muserola del freno para que el caballo no picotee y si, como creo, usa el señor Padilla *jarana* (que propiamente significa gresca, bulla, etc.) en el sentido de *trampa*, también esta otra voz es barbarismo y suele por aquí decirse en esa acepción *jáquima*.

*Gurumete,* probablemente por *grumete* que en su segunda acepción significa ladrón que se mete por las ventanas.

*Geta,* no, sino *jeta* es voz castiza que significa labios gruesos y abultados. *Estar con tanta jeta*, se dice del que está de mal humor, mostrándolo en el semblante.

*Gaznatada* y *gaznatón* (con *z*) son palabras castizas que significan, no cualquier gol-

pe, sino el dado violentamente en el *gaznate*.

*Garrucha* y *carrucha* son igualmente castizas y significan *polea*. Lo que aquí se llama *carrucha* (de hilo, seda, etc.) se dice en español *carrete* ó *carretel*.

En *jalar* y *jociquito* la *j* está por *h*, aspirada á la andaluza.

*Jáquima* equivale á *jaquimazo*, que metafóricamente significa en España *chasco grave dado á alguno*. Aquí se aplica *jáquima* á crédito comercial que no paga el deudor.

*Maraña* es buena y propia palabra en el sentido figurado de *sombra* ú *oscuridad* inextricable.

*Mazorral*, y no *masorral*, significa *rudo*, *basto*, *cerrado* de entendimiento.

*Mamada*, en el sentido de *ganga*, *ventaja* conseguida á poca costa, es usado en muchas partes de América y la trae Salvá en ese sentido.

*Naide* es barbarismo común en el pueblo inculto de España.

*Noneca*, es nombre que dan en algunas partes de la América al gallinazo ó zopilote, de cuyo aspecto simplón y estúpido ha tomado sin duda esta palabra la forma y significación adjetiva. Vendrá del *nahuatl* *nennenqui* -vagabundo?

*Ñervo*, es barbarismo común en España, así como *ñeve*, *ñeto*, etc., en que las letras *ni* han tomado al estilo catalán el sonido de *ñ*.

*Opilar*, es buena palabra usada en el sentido de *obstruirse* los conductos intestinales por efecto de una comida excesiva.

*Papo*, en el recto sentido, es la bolsa carnosa de las aves donde depositan los alimentos antes de hacerlos bajar al buche, y que es por naturaleza floja y suelta, de donde sin duda ha recibido la significación adjetiva por *blando*, *fofo*, *imbécil* (que no tiene por sí misma).

*Panera* es en España en su primera significación *troje* ó *granero*, lugar alto y propio para esconderse ó refugiarse, así es que me parece buena la locución guanacasteca: *ponerse en paneras*.

*So* es interjección que emplean los arrieros para detener las caballerías, y también usan *cho*, *xo*, y de aquí por traslación, aunque es expresión grosera, que se use además no sólo en Guanacaste sino en muchas partes para detener en su carrera de verbosa locuacidad á las personas que hablan mucho.

*Ságita*, es lo mismo que *saeta* ó *flecha*, y de ahí su significación de *golpe rápido*.

*Tunda* es palabra castellana derivada de *tundir*. Bretón de los Herreros en sus mocedades, improvisó á propósito de una de las sirvientas de su casa la siguiente donosa cuartilla:

"Para pegarle una *tunda* con las naguas levantadas, entre todas las criadas la mejor es la segunda."

Sumamente agradecido al señor Padilla Herrera por los apuntamientos que me ha enviado, he creído de mi deber hacer, sin embargo, las anteriores aclaraciones, para fijar la materia tan importante de que se trata.

1885.

JUAN F. FERRÁZ.

## A JULIA.

Es tan suave el fulgor de su pupila,  
Que ablanda el corazón de quien la mira  
O un instante la quiere contemplar;  
Y es tan dulce mirarla sonriendo,  
Que por ella feliz me estoy muriendo  
A fuerza de gozar.

Y cuando asoman en sus labios risas,  
Cantan las aves, juguetean las brisas,  
Y sonríe feliz la humanidad;  
Los encantos se esparcen por doquiera,  
Reverdece la flor en la pradera,  
Todo es felicidad.

Pero si alguien provoca sus enojos  
Y airados torna sus hermosos ojos,  
Y frunce el ceño y cambia su mirar,  
Reina en el orbe pánico profundo;  
Bien pudiera decirse que en el mundo,  
Hay eclipse total.

CONDE D'ARTOUX.

## EL RELOJ DE LUCERNA.

El estreno del Reloj de Lucerna tuvo lugar el miércoles 26 del corriente con el beneficio de la tiple Doña Amparo Cuevillas.

Muy poco diremos de esta aplaudidísima zarzuela, que ya otros colegas no hayan dicho, y nos parece pálido todo elogio respecto á dicha obra ya dignísima por todos conceptos de figurar entre las mejores y de la fama de sus renombrados autores, que son don Marcos Zapata, la de letra y el renombrado Marqués, de la música.

La multitud de quintillas de que se compone el libreto, son notables y magníficas como las que el genio aragonés utiliza para dibujar esos cuadros tétricos que nunca faltan en sus obras.

La exposición en el primer acto es de mano maestra. El contorno, correcto y acabado se destaca admirablemente después de cuatro brochazos vigorosos. Verdaderas maravillas de versificación se suceden en el segundo y tercer acto, las situaciones dramáticas sígnense sin interrupción y la catástrofe final es muy lógica, bien preparada y de buen efecto.

La música nos dejó altamente satisfechos. La sinfonía, el difícil terceto de tiple, el dúo de tiple y barítono y el concertante final, son pruebas de su mérito, que no nos dejará por embusteros.

El numeroso público que asistía esta noche al teatro pasó desapercibido varios números de esta zarzuela, que bastarían por sí solos, para crear una reputación, pero fué debido á la interpretación de la obra que, sin permiso de Uds., la estropearon un poco.

Como muestra de versificación, ofrecemos á nuestros lectores las siguientes quintillas, que creemos que serán de su agrado.

En el primer acto, el poeta pone en boca de Reding, cuando está alentando á Fernando contra la tiranía de Lucerna, los siguientes versos, notabilísimos en todos conceptos.

¿Que es un despota humano  
Entre su pueblo? Gusano  
Que de seda se vistió.  
Levanta el pueblo la mano  
Lo desnuda y se acabó.

Las quintillas del segundo acto, no son menos notables. Reding, en la descripción que hace en el suplicio de Gézner, dice así:

Noche horrible, cárcel fría;  
Dentro oración de agonía;  
Rumor y misterio fuera;  
Alta y redonda vidriera  
Y en ella el albor del día.  
Al irradiar mortecino  
De lámpara misteriosa  
Se ve un retablo mezquino,  
Y un seglar y un capuchino  
En plática religiosa.

¿Que tal, amigo lector, tenía razón al afirmar que era notable el libreto? Pero no conteste.

En el tercer acto tiene Matilde un monólogo; si es bueno ó no, tú lo dirás cuando leas las redondillas que siguen:

Ese hombre en que Dios coloca  
Los gérmenes del amor,

Como solitaria flor  
En la aridez de una roca,  
Responde en la ceguedad  
De una incesante porfía;  
Has de ser por siempre mía  
En lazos de santidad.  
Siempre suya, mi irritante  
servidumbre, ¡lazo eterno!  
¿Puede inventar el infierno  
Un castigo semejante?  
En coyunda tan monstruosa  
Verdugo y víctima unidos:  
Mas fácil á los sentidos  
Fuera la unión prodigiosa,  
De la tiniebla y la luz,  
La demencia y la razón,  
La blasfemia, la oración,  
Y sataná y la cruz.

—Á Dios.

—¿Tú en el teatro?

—Ya lo ves: ví anunciado el Reloj de Lucerna, junto con el beneficio de la Cuevillas, y me dije, al teatro, que ya haces mucho tiempo que no vas, y aquí me tienes.

Así hablaban dos amigos á la salida de Variedades, y yo que soy curioso, como una señorita curiosa, me propuse no perder ripio.

—¿Y qué tal los artistas en esta obra? [Escucho y apunto.]

—¿Qué artistas?

—Los que han trabajado en el Reloj.

—Ya.....pués verás: la *veneficiada*.....

—¿Porqué no se cantaría la "plegaria" del acto 2º? ¡tan linda!

—Como que es lo mejor de la partitura.

—Pero, porqué.....porqué no se cantaría?

Ellos seguían discutiendo y preguntándose, pero yo, que estoy cojo de los pies y no los podía seguir, porque ya empezaron á andar, me decidí á quedarme atrás, parándome de pié junto á una esquina, no para cantar malagueñas, que ya se me van olvidando, sino con el buen fin de enterarme de algo, porque soy incapaz de escribir dos líneas y he aquí el resultado de mis observaciones, con perdón sea dicho de..... que observa mucho, pero.....mucho.....

Se acerca un matrimonio.....atención.

—Enriqueta, que es tarde.

—Pero, Gerardo, si no puedo con el niño.

—Dámelo y vamos de prisa, que el otro estará llo.....

Pués, señor, paciencia; ahora vienen dos caballeros: veremos lo que saco de su conversación para mi cartera.

—¡A.....a.....!

Caracolitos y que hambre tiene, dije yo para mí.

—¿Que te pasa?

—Vamos de prisa y tomaremos un bocadillo.

—Pero y Eli.....

Pues estoy divertido; pero lo que es ahora, no me equivoco: dos señoritas que se aproximan me sacarán del compromiso que tengo, pensaba yo.

—Has visto que galán es Pedri.....

No escuché más. Como puede, fuime á mi casa, dispuesto á que, siquiera por esta vez, leais mis notas auténticas, respeto de la obra que tratamos; me decidí á dárselas á un amigo, que me las había pedido, con el buen fin de publicarlas, y que como Uds. verán sigue á continuación.

Las hermanas Ruiz, hicieron esfuerzos titánicos por salir airoosas en el desempeño de sus respectivos papeles. Fernando y Celia.

El veterano Palou tuvo sus aitas y bajas. Si siempre estuviera cantando! Gutiérrez en su Gastón y González, nos demostraron una vez más, que son de la madera de los buenos artistas, y particularmente este último, que estuvo inimitable en su Gualterio.

De intento hemos dejado en esta semi revista, á la beneficiada para última hora.

La señora Cuevillas, que tanta simpatías tiene en este público, escogió como ya se ha dicho el Reloj de Lucerna para su función de gracia. El público que buscaba una oportunidad para aplaudirla, lo hizo cuanto pudo. Esto no es bastante para una artista de reconocido mérito como lo es doña Amparo una obra en dos actos, de esas que tanto se le han aplaudido, y una piasecita final, escogida para el efecto, hubieran bastado para demostrarle una vez más, que el público costarricense la aprecia en tanto cuanto vale; las demostraciones cariñosas se hubieran prolongado y el triunfo ceñiría su frente, que es la mejor corona de un artista.

Pero.....paciencia y hasta otra.

Los coros bien.

GÁMEZ.

## AMOR MATERNO.

La lluvia se desata, el viento silba,  
Se oye la ronca voz de la tormenta

Se obscurece el espacio, tiembla el mundo,  
Y ella prosigue silenciosa y quieta.

Que en éxtasis sublimes se ha elevado  
Y conversa con ángeles y juega,  
Y sonríe dormida y no percibe  
El terror de los hombres en la tierra.

Ruge la tempestad, estalla el trueno  
Con hórrido fragor que al mundo espanta,  
Todos los ojos miran á los cielos  
Y ella despierta al fin y se levanta.

Y me mira risueña y me pregunta  
De mi consternación cuál es la causa,  
Y le dije llorando, entristecido:  
La cólera de Dios que aflige mi alma.

Y me dijo: no llores que á mi lado,  
Estás exento de hórridas borrascas,  
Y asido de sus manos á los cielos  
En un carro de fuego me llevaba.

Mas me acordé que mi querida madre  
Se quedaba en el mundo abandonada  
Y me arrojé del cielo, loco, incierto  
Buscando el seno de mi madre amada!

CONDE D'ARTOUX.

## NOTAS.

NUESTRO amigo don Manuel Sáenz E. ha tenido la desgracia de perder á su joven esposa AMALIA, señora que ocupaba en nuestra sociedad lugar distinguidísimo.

Reciba Manuel y su apreciable familia nuestro más sentido pésame.

DON Ramón Loría Iglesias ha tenido la amabilidad de enviarnos la "Corona Fúnebre" que acaba de formar en memoria del malogrado Lorenzo Montenegro.

Le damos las gracias por el obsequio.

TAMBIEN han arribado á nuestras playas el célebre poeta Rubén Darío y el ilustre ecuatoriano General don Eloy Alfaro, cuyo nombre resuena en la América Española como el de uno de los más distinguidos campeones de la libertad y del derecho. Sean ambos bien venidos.

TENEMOS el gusto de saludar á nuestros amigos don Enrique Echandi, don Francisco Quesada y don Austregildo Bejarano que han regresado de Europa después de terminados sus estudios. El primero tiene el propósito de establecer una escuela de pintura. No dudamos que el Gobierno apoyará tan interesante proyecto.

LA *Ilustración Hispano Americana* nos ha honrado reproduciendo algunas de las composiciones nacionales publicadas en nuestro periódico. Le damos las gracias.

EL número de este periódico correspondiente al 15 de Setiembre será dedicado exclusivamente al héroe Santamaría. Las personas que deseen publicar algo acerca del inmortal "Erizo," pueden enviar sus trabajos literarios á esta oficina, donde se hará la selección de las composiciones que figurarán en nuestra revista.

YA sábran nuestros lectores que la notable galería fotográfica del inteligente discípulo de Daguerre, señor Francisco Valiente, se ha trasladado á la calle 18 norte, número 137 en donde está dispuesto como siempre á atender á sus favorecedores.

El cumplimento en los trabajos que se le encargan y su notable gusto artístico, le recomiendan para con las gentes de buen tono y más que todo, para con nuestras simpáticas flores, las damas costarricenses.

YA LLEGÓ á esta capital la primera entrega de la interesante obra que anunciamos en nuestro número 28, del 15 de Mayo de este año, tenían el propósito de publicar en la vecina república de Honduras los señores don Esteban Guardiola, don Manuel S. López y don Presentación Quesada. Se titula HONDUREÑOS CÉLEBRES y el agente en esta República es el señor don Joaquín Pablo Vélez, quien nos encarga manifestemos á las personas á quienes ha enviado la entrega citada que á él deben dirigirse para abonar el valor de la suscripción. La cual debe ser pagada al recibo de cada entrega ó para devolver el ejemplar que se le ha remitido, caso de no suscribirse.

Próximamente aparecerá en nuestras columnas un juicio crítico sobre dicha obra.

Las personas que quieran suscribirse y ojalá que fueran muchas, pues este trabajo honra á toda Centro América y es de suma importancia para su historia general-pueden dirigirse al expresado señor Vélez.

Tipografía Nacional.